

## PRESENTACIÓN

---

Ricardo Miralles

Sería tarea inútil acudir al ya clásico *Diccionario de Historia de España* de la Revista de Occidente, o a la más reciente *Enciclopedia de Historia de España* dirigida por Miguel Artola en busca de la voz «Hispanista», porque no aparece; tampoco, lógicamente, «Hispanismo». Es una paradoja que los historiadores españoles hayamos reconocido la deuda que tenemos con los hispanistas extranjeros y no «existan» como tales en ningún descriptor básico del saber histórico compendiado.

Sí aparece, en cambio, dicha voz «Hispanista» en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, como la «persona versada en la lengua y cultura españolas», aclarando, además, que «se da comúnmente este nombre a los que no son españoles». En el magnífico *Diccionario ideológico de la lengua española* de Julio Casares se dice lo mismo, aunque se sustituye «cultura» por «literatura». Si nos decidimos por la voz «Hispanófilo», aparece una definición que se acerca más a lo que entendemos por «hispanista», es decir, aquel «extranjero aficionado a la cultura, historia y costumbres de España», siempre que sustituyamos «aficionado» por «especialista». Definición no muy lejana, por cierto, de la que diera el *hispanista* francés Alfred Morel-Fatio, a finales del siglo XIX, como aquella persona que se dedicaba al estudio de la cultura española en el más amplio sentido. Creo que esta defini-

ción serviría perfectamente al propósito de nombrar lo que es un «hispanista»: el extranjero de origen que se especializa en nuestra cultura, y que estudia nuestra historia desde una perspectiva que no es, ni lo será nunca, la de un español natural.

Hace ya 25 años Francisco Murillo Ferrol reflexionaba sobre la necesidad que tradicionalmente había experimentado la cultura española de verse desde ojos ajenos para reconocerse, siempre necesitada de reflejarse en el espejo de otras culturas para existir con vida propia<sup>1</sup>. Lo cual equivale a decir que nuestra cultura sólo nos revela su definitivo perfil cuando se ve reconocida por las demás, momento en la que es capaz de enjugar una falta de seguridad colectiva, y de resolver un déficit narcisista que nos aquejaría a los españoles permanentemente.

Efectivamente, el reconocimiento de la certeza de nuestra valía, que nos infunde el hecho de que gentes foráneas aprecien nuestra herencia espiritual y material, nos ha ido permitiendo no entregarnos a esa tendencia tan hispana de liquidar lo nuestro por inválido, retrasado, fracasado, etc.

Con todo, dicho reconocimiento externo no actuó de manera satisfactoria, curativa, más que cuando la historiografía española pudo liberarse de ciertos complejos de excepcionalidad, y verse «normal», o sea tan «excepcional» como las demás. Pues bien, no cabe duda de que el hispanismo desempeñó un papel facilitador de primera magnitud en esta nueva visión de nuestra historia. Cuando los historiadores españoles pudimos enfrentarnos a los estereotipos, sin quedar paralizados en nuestros momentos dramáticos (la «frustrada revolución burguesa», «el 98», «la guerra civil», etc.), o en nuestra sucesión de «fracasos» (industrial, modernizador, etc.), conseguimos, por fin, liberarnos de aquella condición de «nación moribunda» que nos asignó Lord Salisbury a finales del XIX, y que habíamos interiorizado con tanto provecho.

El hispanismo ha sido una poderosa ayuda a la hora de «percibir las grandes tendencias de la historia contemporánea de España y de colocarlas dentro del contexto europeo», como sostiene en su artículo Carolyn P. Boyd. Pero, sobre todo, ha permitido abrir «horizontes comparatistas», en palabras de Alfonso Botti, porque, ciertamente, mirando sólo desde España y hacia España, tal o cual fenómeno histórico o no aparece o, más frecuentemente, se sobredimensiona, es decir, no se presenta en su verdadero tamaño.: «sólo mirándolo desde lejos —sostiene

---

<sup>1</sup> «En que se trata de los hispanistas (A Guy Hermet y Edward Malefakis)», *Sistema* 14, 1976, pp. 5-12.

este historiador italiano— se percibe su dimensión y su correlación con procesos de otros lugares».

Ha sido precisamente este distanciamiento benéfico, y el enfoque comparativo que han aportado los historiadores extranjeros que se han interesado por nuestro pasado. lo que ha permitido a los españoles abordar la trayectoria histórica de España en términos no envidiosos, y desprenderse de esa construcción infeliz de nuestro pasado en la que lugares comunes e imágenes fijas de nuestra reciente historiografía se han revisado con tan buenos resultados. De todo ello ha surgido una historia contemporánea de España con más continuidades que rupturas, con más persistencias que interrupciones, en una palabra, con más logros que «fracasos».

Pues bien, en esta fructífera cosecha de logros historiográficos en todos los campos (económico, social, político, cultural), que nos ha permitido abandonar lo que Jesús Pabón llamó «la difamación sistemática de nuestro pasado», y, por ello, discutir el «paradigma del fracaso» (según el cual la frustración de la industrialización española y el subsiguiente estancamiento e incluso retroceso económico generales, desde los albores del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, habrían determinado, de un solo golpe, la crisis de la sociedad civil, la pervivencia de una estructura de clases arcaica, la carencia de una auténtica burguesía industrial moderna, la desmovilización permanente de las clases subalternas, y la conformación de un Estado ineficiente, débil e incapaz de «nacionalizar» al país, que, además, habría cedido la hegemonía ideológica y cultural a los estamentos e instituciones supervivientes del Antiguo Régimen, nobleza e iglesia), el hispanismo ha desempeñado un papel central.

Dice Botti que la influencia de historiografías y escuelas extranjeras nos permitió a los españoles «mirar desde lejos también», comparar y darnos cuenta de que, al fin y al cabo, no éramos tan diferentes. Esta ha sido, desde mi punto de vista, la mejor aportación del hispanismo a nuestra historia: no tanto la de colmar lagunas historiográficas que aquí no se podían abordar —que también—, sino la de subrayar la «normalidad» española, nuestra no excepcionalidad, y de que todo es cuestión de ritmos de evolución y no de pérdidas irreparables.